

EL XXIII CONGRESO DE AMERICANISTAS

Y LAS RELACIONES E INFLUENCIAS PRECOLOMBIANAS INTERCONTINENTALES

Las sesiones del Congreso se desarrollaron en el transcurso del lunes 17 al sábado 22 de septiembre de 1928. Innecesario es agregar el apresuramiento con que debieron ser tratados los temas. Veinte minutos para exponer una comunicación, y cinco o diez para las objeciones, suponen — por mucho que pueda y quiera alargarlos la generosa benevolencia de un *chairman* — un límite asaz exiguo para toda exposición un poco detallada. El programa del Congreso, regido un poco por un dinámico criterio científico-deportivo-turístico, muy norteamericano por cierto, admitió en su interin la intercalación de excursiones interesantes y de visitas provechosas para el extranjero. Y si la premura del tiempo impidió a los delegados concurrir a todas las sesiones que se celebraron, en la imposibilidad material de un desdoblamiento — único recurso ambicionable ante la existencia de sesiones simultáneas — el hecho fué salvado, hasta donde ello era posible, con el profuso reparto de homeopáticos compendios de la casi totalidad de las comunicaciones presentadas...

La mayor parte de las sesiones celebradas por las diversas secciones en que se dividió el Congreso, tuvieron por sede el enorme Museo de Historia Natural, aun cuando algunas otras se llevaron a cabo en la Columbia University, en el Museo del Indio Americano, importante donación debida a la generosa « fundación » de M. Heye, y en el Museo de Brooklyn.

Creo que, hasta tanto aparezcan los volúmenes de publicacio-

nes del Congreso, ha de ser interesante para los estudiosos de estas disciplinas, una somera indicación de las materias tratadas, con la exposición consiguiente de las comunicaciones de alcance más general. Ello será como un pregusto del contenido de la publicación oficial que, esperémoslo así, no ha de tardar.

Relaciones e influencias intercontinentales. — Esto es, naturalmente, la parte más « sensacionalista » de los trabajos de todo Congreso. En éste son varias las comunicaciones que se han ido presentando con el ánimo de llegar a la prueba de las relaciones e influencias de determinados pueblos con América, antes de su descubrimiento.

Así, don Julio C. Salas, el interesante lingüista venezolano, presentó una comparando dialectos diferentes, elegidos entre los de pueblos americanos y de otras partes del mundo, para llegar a la prueba de que, como lo creían Max Müller y Ernesto Renán, entre otros, los vocablos están unidos a las teogonías, es decir, que idioma y religión reconocen un origen común. El agua, el fuego y el viento son, probablemente la trinidad de todas las religiones, y la escritura misma está basada en signos religiosos. Inútil es agregar que esta comunicación pertenece, espiritualmente a la época de los autores que cita, a los tiempos de Müller y de Renán, en los que se creía, con cierto enfatuamiento prematuro por los resultados de la investigación filológica, que ella — y ella sola, naturalmente — podía dar la clave de todos los misterios...

Otra, del reverendo James Williams, consiste en una ceñida crítica contra la obra *África y el descubrimiento de América* de Leo Wiener, en la que este profesor de Harvard, establece su conocida teoría del arribo de negros africanos a América, antes del descubrimiento de este continente por Colón. Wiener entiende que la llegada de estos africanos había influido en las manifestaciones lingüísticas, ideológicas y de costumbres de la primitiva población americana. La réplica del Rev. Williams, encerrada en la comunicación que comentamos, examina la arqueología y los dialectos indo-americanos citados por Wiener, para terminar destruyendo la teoría de este autor, afirmando que éste no ha conseguido probar la tesis expuesta y que nada

es tan azaroso como su sostenimiento en la debatida cuestión.

Muy interesante, por el indiscutible valimiento de su autor, mundialmente conocido, es la comunicación presentada por el doctor L. Capitán acerca de *Las ideas recientes sobre la población del Continente Americano*, quien observa la circunstancia de que, a pesar de que el método arqueológico, es decir, el examen de los restos de industria, ha dado margen, en casi todos los Continentes, a la obtención de resultados satisfactorios, — respecto de los primitivos movimientos migratorios y de la repartición de la población del mundo y sus ulteriores desplazamientos, a partir de los tiempos más primitivos — se ha podido observar la propensión de los estudiosos americanos a no aceptar con ánimo dispuesto la aplicación de aquel método para la dilucidación de los problemas americanos. Mr. Capitán aboga por la comparación de los más antiguos restos de cultura: los de Chelles, en Francia, con los obtenidos por las investigaciones de Abbott y Wilson, en Trenton, entendiéndolo que ellos evidencian la existencia de culturas semejantes y que su comparación podría producir los resultados más provechosos. Correlativamente hace resaltar que la historia geológica es idéntica en ambos Continentes, y que no hay duda de que el hombre habitó coetáneamente a animales de faunas extinguidas: el mastodonte, el elefante y el bisonte antiguos. Mr. Capitán cree que el examen comparativo de los restos de Trenton y Chelles, conjuntamente con la agregación de otros elementos, podría dejar establecido el problema de la habitación del hombre paleolítico en América, para pasarse luego al problema, ya menos arduo en su solución, aunque difícil en el planteamiento, de la manera de poblarse este Continente. Mr. Capitán tiene particularmente en vista que durante las épocas glaciales la tierra tuvo una configuración muy distinta de la actual. Sentada esta premisa general, es posible imaginar que el mar de Bering y las Antillas hayan sido superficies terrestres atravesadas por bordes montañosos en tal forma que, por ellos, la entrada a América por parte de los pueblos primitivos fuese tarea fácilmente hacedera. Esta manera de encarar el problema lo plantea de un modo distinto del habitual, que reside en considerar a la tierra, en su faz geográfica actual, como inmutable e idéntica a la de la época pa-

leolítica ; y, por ende, en derivar las dificultades de una migración intercontinental de los obstáculos de orden geográfico actual.

Otra importante comunicación sobre este tema de las relaciones intercontinentales asiático-americanas, fué la presentada por el conocido profesor Ales Hrdlicka, con el título de *Las migraciones del Asia al continente Americano : sus huellas*. En 1926, el profesor Hrdlicka, por cuenta del Smithsonian Institute, continuó los trabajos de las expediciones precedentes de Dall, Murdoch, Nelson y otros investigadores que habían tenido a su cargo las anteriores. La zona investigada lo era la región de Alaska y del mar de Bering, especializándose esta expedición de Hrdlicka al río Yukon y las costas de Alaska hasta la punta Barrow ; continuándose al año siguiente por Collins, explorando la región de la isla de Nunivak, desde la Bahía de Bristol hasta el río Yukon, y en las islas de San Lorenzo y Penuk, con una pequeña entrada hasta el límite norte de la península Steward. El objetivo de las expediciones de Hrdlicka y Collins era de diferentes órdenes : geográfico, etnográfico y arqueológico. Desde el primer punto de vista, se trataba del reconocimiento de los accidentes geográficos de la región — costas, islas, ríos — tendiendo, además, a la localización de los pueblos y lugares desaparecidos. En materia de la etnografía se buscaba el estudio de los indígenas actuales de la región ; en tanto que, en punto a la arqueología, se practicarían reconocimientos y búsquedas en los sitios en que se lograra determinar la existencia de yacimientos de ese carácter. Es conocida la irreducible actitud asumida, desde largo tiempo atrás, por el profesor Hrdlicka, respecto a las migraciones precolombianas en América. Hrdlicka es el campeón de la tesis según la cual la población primitiva de América no es autóctona de este continente, y se ha formado por la entrada en él de migraciones de origen asiático venidas a través del mar de Bering ; rechazando igualmente, las tesis que sostienen la concurrencia de migraciones de otro origen (africano, polinésico, etc). Tal es su tesis, sostenida a través de su abundante producción en varias oportunidades, hasta concretarse y compendiarse, de manera definitiva, en el resumen que publicó hace tres años en el *Annual Report of the*

Smithsonian Institution — el mismo instituto de estudios que enviara las expediciones a las que hoy hacemos referencia — y bajo el título de *The Origin and antiquity of the American Indian*.

Ahora bien, el resultado de estas expediciones de Hrdlicka y Collins ha contribuido a reafirmar al autor en su primitiva tesis. La comunicación que comentamos, sostiene que las migraciones asiáticas fueron no sólo naturales y fáciles, sino también, inevitables y continuas, hasta que América se encontró toda poblada. Hrdlicka las considera tan hacederas, tan como hecho inevitable y natural, que considera inadecuada la calificación de *migraciones*, utilizada corrientemente para designarlas, proponiendo que se las considere, más bien, como *extensiones*. Sea cual fuere el nombre con que se las designe, Hrdlicka cree poder dejar sentado, a la luz de las nuevas investigaciones, que ellas se realizaron enteramente por camino acuático y que, siendo geológicamente recientes, se efectuaron sobre territorios que poseían ya una configuración igual a la actual. En esto se diferencia, como se ve, de una manera fundamental de la hipótesis sostenida en el mismo Congreso por M. L. Capitan. Según Hrdlicka, no es necesaria la existencia de una conexión terrestre que facilitara esos movimientos migratorios, pues la disposición actual del mar de Bering, sembrado de pequeñas islas en el punto de aproximación de ambos continentes hace innecesaria la existencia de una conexión terrestre perfecta. El profesor Hrdlicka adelanta, además, que se han hallado huellas culturales de un gran interés cultural y etnográfico, aun cuando las condiciones de esta región son poco propicias para la conservación de aquéllas. El gran prestigio de este estudioso, conquistado en largos años de ardua labor, y la circunstancia de ser estas conclusiones el resultado de su observación directa, conceden a esta comunicación una importancia excepcional.

Desde el punto de vista de la filología, el profesor J. Imbelloni, autor de *La esfinge indiana* y de multitud de otros estudios sobre cuestiones americanistas, presentó al Congreso una comunicación en la cual continúa el proceso de sus investigaciones anteriores, tendientes a demostrar el parentesco, en fonética y significación, de varias lenguas y dialectos de la Oceanía con otros de Sur América. El mismo Imbelloni es el primero en ad-

vertir el riesgo de semejantes « rapprochements ». En efecto, si el investigador no cuida celosamente de no incurrir en arbitrarias generalizaciones, al mismo tiempo que no procura hallar en otras disciplinas — etnografía, arqueología, etc. — apoyo para las propias teorías filológicas, no es extraño verle deslizarse, con el apoyo falaz de su única prueba, a las más vertiginosas demostraciones. Imbelloni, a fuer de estudioso prudente y experimentado, reconoce que no se pueden identificar, con la sola base de unas pocas palabras, a los dialectos de Sur América con los de Oceanía. El problema es otro: se trata de llegar al conocimiento de cómo y en qué medida esas palabras no aborígenes se han incorporado al acervo autóctono. Para Imbelloni — como para Rivet, por ejemplo — el Océano no fué en tiempos primitivos, un elemento aislador, sino un medio de acercamiento y de circulación. El problema queda así planteado — termina Imbelloni, en su *Kumara, Amu, Hapay* — pero es necesario que sucesivas y prolijas investigaciones permitan reunir mayores cantidades de material para determinar si estas analogías que hoy se presentan ante nosotros, pueden considerarse de manera definitiva, como manifestaciones de posibles afinidades.

Después de la prueba filológica, la prueba arqueológica. Ésta es presentada por N. G. Sprinzin, en una comunicación titulada: *La escopeta de soplar en América, Indonesia y Oceanía, según especímenes del Museo AE, de la Academia de Ciencias de Leningrado*. El autor procede a comparar el material arqueológico que en escopetas de soplar, flechas y carcajes, posee dicho Museo, proveniente de las regiones mencionadas, para llegar a la conclusión de que si el arma de procedencia sud-americana parece ser la más antigua, todas presentan gran similitud en su objeto y uso. Luego, procediendo de acuerdo con las sugerencias de León Frobenius, respecto de la conveniencia de establecer gráficamente las « zonas de cultura » (Kulturkreise), presenta un mapa en el que señala el área de difusión de aquel elemento cultural en las tres regiones.

Otra comunicación sobremanera interesante, es la debida a Mr. Wilhelm Koppers, quien trató el tema de *El problema de las relaciones culturales antiguas entre el extremo meridional de Sud América y el sudeste de Australia*, tomando como base las

sugestiones de Graebner, quien había encontrado ya una base común a las culturas de los indígenas fueguinos y australianos antiguos. Koppers entiende que para llegar a desentrañarse la verdad respecto a las relaciones culturales intercontinentales, corresponde estudiar a los agregados sociales más pobres y primitivos, desechando el sistema, por largo tiempo puesto en práctica, de tratar de investigar estas relaciones en los pueblos más ricos y avanzados, en los cuales ya es posible y factible, una transmisión marítima desembarazada de obstáculos. Koppers retoma el asunto en el punto dejado por Graebner y, fundado en la precariedad cultural de los pueblos que va a estudiar — los de Tierra del Fuego y los primitivos Australianos del Sur se cuentan entre los más rudimentarios — sostiene que la trasmisión de esos rasgos culturales sólo pudo efectuarse por vía terrestre y que, por ende, el estrecho de Bering es la única ruta para lograr esa vinculación. Koppers analiza finamente la cuestión, planteando muy metódicamente algunos problemas que jalonan su trabajo.

En efecto, se pregunta ante todo, qué rasgos comunes hay entre las culturas de los pueblos que va a considerar. Halla que estos rasgos comunes se refieren a la industria (arqueología) y a la constitución de la familia y de la sociedad (etnografía), con el agregado de una curiosa correspondencia en las formas características de las ceremonias de iniciación, en los adolescentes de ambos sexos. Es innecesario recordar la importancia de las ceremonias de este carácter en los pueblos primitivos, de manera pues que, como lo hace notar Koppers, las normas principales de forma y calidad se refuerzan con las normas secundarias de posición. Todo ello constituye un conjunto bastante notable de elementos aproximativos, en los cuales las conclusiones etnológicas son reforzadas por las de carácter antropológico y lingüístico. Ahora bien, ¿cómo pueden ser explicadas estas relaciones culturales? Sólo pueden existir tres posibilidades: 1ª La migración australiana a América del Sud; 2ª La migración fueguina a Australia del Sud; 3ª Una migración de algún punto intermedio que haya irradiado por igual sobre ambas regiones. Por esta tercera hipótesis se decide Koppers, quien entiende que este conjunto de elementos culturales co-

munes implica la existencia de un punto de origen único y co- en el Sud o Sudoeste de Asia. A este efecto, recuerda que los pigmeos andamanos, estudiados por Kroeber, Schmidt y otros investigadores, han mostrado semejanzas culturales con los indígenas de California Central y de Tierra del Fuego, que son sintomáticas, no sólo con respecto a este planteamiento de la cuestión en debate, sino también respecto a la trayectoria terrestre recorrida por la migración en su marcha hacia Tierra del Fuego. Y estas semejanzas son tanto más singulares cuanto que se refieren, precisamente, a esas ceremonias de iniciación de la adolescencia, a que hace un instante hacíamos referencia. Por último, como Koppers señala con exactitud, es necesario considerar en toda su importancia el problema metodológico que las investigaciones de Graebner ha planteado. Este problema metodológico es de inusitada importancia para la historia y para la etnografía. « Los resultados son importantes, — agrega Koppers — pero, el valor metodológico de la investigación es mayor ». Con consideraciones de este carácter, da término Mr. Koppers a su valiosa colaboración.

Es ya perfectamente conocida y difundida la tesis preconizada — entre otros, por Marcellin Boule y Paul Rivet — acerca de la posibilidad de un parentesco entre los esquimales actuales y los hombres de la Edad del Reno, como consecuencia de migraciones de aquellas tribus paleolíticas cazadoras, en seguimiento de los animales que les servían de base en su sustento, al buscar estos climas más fríos, después del término de la gran glaciación europea. No ha faltado en este Congreso algún trabajo que pueda relacionarse con la tesis a la que hacemos referencia. Así, en una comunicación presentada por Kaj Birket-Smith, acerca de *El origen de la cultura esquimal* — comunicación que es parte de una obra que ha de publicarse muy en breve, como volumen V de los *Informes de la Quinta Expedición Thule*, encabezada por Knud Rasmussen — este autor señala al fin de la misma que, de las varias formas de la cultura esquimal, la más antigua parece guardar estrecha relación con una muy antigua cultura circumpolar, la cual se habría extendido, originariamente, por vastas extensiones de América y de la Eurasia árticas. El profesor Birket-Smith termina su exposición

señalando que : la cultura caracterizada por cazadores provistos de raquetas reticulares para andar por la nieve, de la América subártica, así como el nomadismo, que tiene su origen y característica esencial en el reno de Eurasia, provienen igualmente de la misma fuente «y no parece improbable que se trate de una cultura paleolítica relacionada».

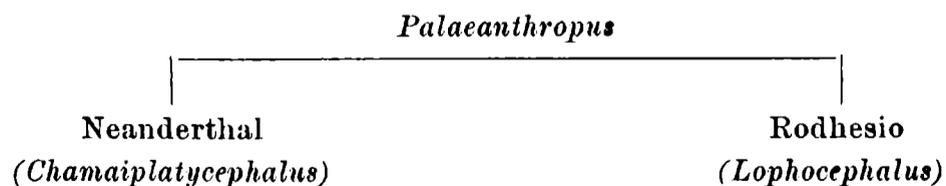
De la misma manera, un delegado ruso, el profesor Waldemar Bogoras, al explicar las investigaciones soviéticas entre los pueblos boreales asiáticos, se refirió también, a sus propios estudios anteriores sobre el particular, probatorios — según sostuvo — de su gran vinculación con los existentes en los próximos territorios americanos. El profesor Bogoras ha estudiado lingüísticamente a todos estos agregados sociales y llega a la conclusión de su muy próximo parentesco, por lo cual propone agruparlos bajo la denominación común de «americanoides». El profesor doctor Walter Lehmann, por su parte, en su muy reciente conferencia inaugural de un ciclo interesantísimo acerca de arqueología precolonial que viene desarrollando en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, ha suscrito y ratificado las conclusiones de Birket-Smith y de Bogoras, dándoles la trascendencia que le confiere su autoridad en estas materias.

Como se ve, estas declaraciones plantean, de manera afirmativa, la vinculación de las tribus del Extremo Oriente y las del noroeste de América, robusteciendo esta tesis que cada vez parece menos controvertible. De la misma suerte, el profesor Waldemar Jochelson realiza un estudio acerca de *Los antiguos y modernos Kamchadales y la semejanza de su cultura con la de los indígenas de la costa noroeste norteamericana*. Tan comprensivo título, exime de una mayor insistencia sobre el particular. Sin embargo, quizá no sea incurrir en redundancia el recordar que, al examinar los diversos aspectos de la vida, de la mentalidad y de las costumbres de ese pueblo de Extremo Oriente, señala que su vida económica «se asemeja más a la de los indígenas de la costa noroeste norteamericana que a ninguna de las tribus del noreste de Asia». Y el autor, delegado al Congreso por la Sociedad Geográfica Rusa, de Leningrado, y por el Museo Central Etnográfico del Estado, de Moscú, imbuí-

do, por lo tanto, de las doctrinas marxistas, no desconoce, por cierto, la importancia de la vida económica de un pueblo como demostrativa de una profunda característica cultural.

Por último, el trabajo de un antropólogo eminente, viene a mostrar cómo, también en esta disciplina, sus cultores más respetables anhelan poder llegar a la prueba de las relaciones e influencias intercontinentales, con respecto a la primitiva población de América. Trátase de una comunicación del profesor Giuseppe Sergi, acerca de los *Resultados de las investigaciones sobre los naturales americanos*. El maestro italiano sienta, como base de su trabajo, la comprobación de que no ha sido posible, antes de ahora, la determinación de cuáles son las razas americanas, y que esta falla se debe a los métodos empleados en antropología. A su vez, propone la utilización de un método análogo al empleado por los zoólogos y paleontólogos en sus estudios sobre la serie animal, y patentiza sus resultados señalando la existencia de dos razas arcaicas entre las de los aborígenes americanos. Séame permitido ceder la palabra al eminente maestro, el cual se expresa como sigue en el extracto publicado por la secretaría del Congreso :

« Una de estas razas está relacionada con los tasmano-australianos, la otra con los negritos. Debido a un carácter diferencial entre la estructura del cráneo de los australianos y el de los tasmanianos, estos últimos reciben el nombre característico de *Lophocephali Oceanice*; y los americanos relacionados con ellos reciben el nombre de *Lophocephali Americani*. Son de origen africano, como lo prueba el esqueleto de Rhodesia, cuyas características son muy primitivas. El cráneo del ejemplar de Rhodesia tiene características que también se hallan en el tipo neanderthal, pero ambos tienen una característica peculiar que los diferencia, y de esto se deduce que ambos deben tener un antepasado común, el cual recibe el nombre de *Palaeanthropus*. De esto, se deduce que la raza humana tiene las dos siguientes ramas :



« El *Lophocephalus Americanus*, que emigró durante el período cuaternario o antes, se divide en tipos diferentes entre sí: el tipo tasmanoide, que retiene características semejantes a las del *Lophocephalus Oceanicus*; y los esquimales y naturales de Tierra del Fuego, que se distinguen por ciertas características propias.

« La distribución del *Lophocephalus Americanus* se extiende, o, más bien, se extendió, comenzando con los esquimales, en la Nueva Inglaterra, al este del Mississippi, en California, y en la América del Sur desde Paraná a Patagonia.

« La otra raza, similar a los negritos, se distingue por la forma del cráneo, llamada *Sphenoides brevis*, y por su elevación. Se halla al oeste del Mississippi, principalmente en la región pueblo; en México, en la América Central, en el Perú, en la Argentina, en el Calchaquí, y en las regiones vecinas. Esta raza practicaba la deformación del cráneo, lo que no hacían los *Lophocephali*.

« Hay también una tercera raza, que se halla en la costa del Pacífico, y que se ha cruzado, sin excepción, con las otras razas.

« Hay también otros elementos étnicos, entre los cuales se cuentan los melanesios. Según las observaciones del autor, estos últimos, de igual modo que los asiáticos, deben haber llegado tarde.

« Se han hallado otros elementos, que no son fácilmente determinables. »

Aparte de las ideas del gran antropólogo italiano, es de considerar también la nomenclatura geográfica, un tanto curiosa. Pase por aquello « desde Paraná a Patagonia », que tal vez puede ser « desde *el* Paraná » — con todo lo indeterminada que la región resultante supone — poniendo el *lapsus* a cargo del encargado de la traducción del manuscrito. Pero lo que aparece ya con todas las características de un grave olvido de las características, no sólo geográficas, sino también etnográficas, arqueológicas y políticas, es la enumeración que termina « en el Perú, en la Argentina, *en el* Calchaquí y en otras regiones vecinas ». Dejemos sentada, pues, la necesidad de una nomenclatura correcta, como base de toda teorización ulterior...

No deseo terminar estos someros comentarios, sin dejar sentado mi agradecimiento por la gentilísima acogida que me fué

brindada. Único delegado argentino que concurrió al Congreso, sobre mí recayeron todas las distinciones con que los organizadores del mismo quisieron honrar a la Argentina. El delegado de la Universidad de La Plata, resultó así designado secretario del « Bureau » Central del Congreso y, lo que es más significativo, presidente — *Chairman* — de la Sección destinada al estudio de los « trabajos generales sobre Sur América », cargo que resultaba desmesurado para la persona del representante, pero que es, y debe ser, un estímulo para todos los estudiosos argentinos, porque demuestra el reconocimiento de una importancia nacional que cada vez va siendo más notoria.

Quiero agradecer, igualmente, en especial, las finezas de aquellos investigadores norteamericanos que tuvieron, para el viaje-ro desconocido, gentilezas que obligan a la gratitud. A Mr. Franz Boas, presidente del Comité organizador, que hizo tranquila mi entrada en la enorme ciudad bullente y supo rodearme, durante mi estada, de toda clase de atenciones. A Mr. George C. Vaillant, el excelente especialista en arqueología mejicana, con quien los contados días de labor común me han permitido cimentar cordialísima amistad. A Mr. S. K. Lothrop, que llevó su gentileza hasta ratificarme algunos datos de mi comunicación acerca de « la navegación primitiva y las canoas monoxilas », en razón de haberse hallado entre nosotros cuando se encontró el material inédito que servía de base a mi trabajo. Por fin, a todos los que éstos — gentiles colegas durante las sesiones, afectuosos amigos, luego — se sirvieron vincularme y hacerme conocer. Ellos me mostraron lo que es raro encontrar fuera de Estados Unidos: la cordialidad abierta y risueña del norteamericano.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.